

PUNTOS DE VISTA

Observando cómo y hasta qué punto resultan substanciales las variantes del pensamiento humano con respecto a los más serios e intrincados problemas del espíritu; observando, así mismo, cuán potente es el impulso de ese anheloso afán para resolverlos, que nos lleva a recorrer senderos inexplorados, cabe preguntarse: ¿quién operó tan profundo cambio?; ¿fué, simplemente, el factor del evolucionismo natural, o ha sido necesaria la intervención de otra causa para producirlo?

En el planteo mismo hállase la respuesta. La evolución natural, en su parsimonioso desenvolvimiento, no ha sido —ni nunca habría podido ser,—el solo y único motivo generador de una así rápida transformación. Se ha hecho, entonces, indispensable la concurrencia de una fuerza nueva, más vivaz, más pujante, menos amoldada, para llegar adonde hemos llegado, y, lo que es más trascendente, para continuar peregrinando en procura del ensoñado minarete marfileño do mora—según es fama,—el hada imperfectible, que nuestra imaginación forja tras el simbolismo de su nombre: la Verdad. . .

Y bien: esa fuerza propulsora, dinámica, encuéntrase sintetizada en un vocablo: *renovación*, cuyo alcance y significado exactos escapan a muchos, pese el hecho de invocarlo constantemente.

El lento evolucionar de seres y cosas —por desgaste funcional o de uso,— no satisface ya, ni podrá satisfacer en adelante. Falta ahora provocar el hallazgo de la meta que cumpla las aspiraciones de la mayoría.

El empleo de los medios que han de conducir al tan ansiado fin, produce el choque de dos fuerzas sociales: el llamado reaccionarismo, que se aferra a lo tradicional; y el revolucionarismo “in-extremis”, que pretende arrasar lo existente para fundar en las ruínas una novel sociedad.

Paréceme que la resultante de ambas fuerzas sugiere la solución más equitativa; es decir: que ni reacción—con su adhesión al lentísimo evolucionismo natural,— ni revolución —con el consecuente de sus inútiles desbordes y exacerbamiento de pasiones,— valen lo que vale *renovación*, idealidad intermedia —si se quiere,—entre ambas extremosidades, aunque no trasunto de un cómodo eclecticismo, por cuanto —persiguiendo afianzarse, —combate, ésto es: acciona.

La renovación no arrasa a ciegas: corrige a conciencia; no abate por pasión fanática: suprime con razonado sentido de mejoramiento; no hiere por herir: corta para curar; no se mira como Narciso, en las aguas del lago: el perfeccionamiento progresivo es su lema. La renovación no vive en el Olimpo de los conceptos: se asienta en el humano valle y plasma en magníficas realidades. . .

Para expresarlo todo en dos trazos: renovación es el beneficio máximo del revolucionario traducido a los hechos.

Antaño, y mientras reinó el conceptismo en términos casi absolutos, la vieja sociedad — donde los grandes principios liberales y ecualitarios sirvieron a manera de pomposa vestimenta para encubrir las monstruosidades de lo real, — no halló tropiezos de gran monta para perseguir, paso a paso, el cambio de las normas y de los métodos, no en su esencia, sino en sus formas exteriores. Roma tuvo esclavos; los señores feudales poseyeron siervos; la monarquía se sostuvo con soldados, mantenidos en las filas de viva fuerza. ¿Hay aquí, por acaso, con la diferencia de rótulos, una substantiva diferencia de regimenes? . . .

Los días del presente están llamados a demarcar el origen de una verdadera mutación, cuyas consecuencias cesarán de ser epidérmicas para llegar a la entraña misma del cuerpo social.

Cuando un suceso de tanta magnitud, como la última grande hecatombe, encasilla una edad en el marco sereno de la Historia e inaugura otra era, esta divergencia en la marcha

humana no significa que deban suprimirse todos los valores del pasado a fin de que el nuevo ciclo cree los suyos improvisadamente. No. Es la selección atinada la que ha de dar la pauta, si se quiere obtener frutos óptimos.

La *revolución universitaria*, como se ha dado a llamar al cambio factorial que se opera en los superiores institutos educacionales de nuestro país, no significa, a mi entender, el irreflexivo desplazamiento de normas añejas para reemplazarlas con otras más recientes, faltas de selección y acordes, sólo, a una necesidad eventual, momentánea.

Según creo, las trasmutaciones fundamentales en los regímenes de la Universidad argentina obedecen a la influencia de un complejo núcleo de causas, la profundidad de cuyos efectos nos es imposible avalorar todavía. Y ello resulta lógico. Esos efectos son tan íntimamente coetáneos a la generación actual que el juicio de ésta hállese — forzada, humanamente, — empañado por apasionamientos o por intereses del instante. Los grandes sucesos necesitan el manto del tiempo para que, desaparecidos los detalles, se pueda apreciar su parte céntrica y esencial.

Soy el primer convencido de que no *todas* las innovaciones, por el mero hecho de ser tales, han de resultar buenas; pienso, sí, en lo imprescindible del proceso de constante renovación ya que, vivir formas nuevas y experimentarlas, es la manera única de mantener lo conveniente deshechando lo perjudicial o lo superfluo.

El crugido del viejo andamiaje universitario, cayendo al empuje de las nuevas corrientes, sólo asusta a aquellos que, al amparo de su sombra protectora, se habían sugestionado —cual Budas redivivos,— mirándose el ombligo.

Agoreros anuncios para los Sanchos de la cátedra, síntomas intermitentes de un profundo malestar y un creciente rumorero en las masas estudiantiles, fueron, poco a poco, urdiendo el prólogo de la feliz Cruzada, cuya visible y definitiva iniciación tuvo por escenario las vetustas aulas de la Universidad cordobesa.

El brusco estallido desconcertó a los que, confiados en la firmeza de lo secular, contemplaron indiferentes la gestación de la fructífera revuelta. Aún después de la primera sorpresa, no supieron ni medir, ni preveer la importancia de ese hecho trascendental, y las inmediatas consecuencias de éste halláronlos convencidos, todavía, en la eficacia de las reprimendas violentas, como si se hubiera tratado sólo de una algarabía juvenil más, sin arraigo en el futuro.

Pero, para beneficio y honra de nuestra generación universitaria, el movimiento tuvo la grandeza de no hallarse inspirado en móviles de un mezquino localismo, sino que fué sostenido y desenvuelto al calor de un alto y definido ideal.

La aplicación de la Reforma no era urgida, únicamente, por las necesidades inmediatas de la Córdoba antiquísima; las deficiencias de toda la enseñanza argentina venían exigiendo, de tiempo atrás, el ensayo de nuevos métodos y de otros rumbos más amplios, menos dogmáticos que los hasta allí aplicados y seguidos.

Y fué así como la onda del reformismo cundió en seguida, generalizándose en el país entero; y fué así como, al practicar los principios de la Reforma, ésta surtió, en todas partes, los efectos de un remedio aplicado en tiempo propicio para evitar la propagación del mal.

La Universidad Nacional de La Plata, datando de pocos años, resultaba ya vetusta en su organización; por ello, los estudiantes que amamos a nuestra Casa, evitamos — sacrificándolo todo, — la paradoja de que un cuerpo juvenil continuara animado por el arcaico espíritu del pretérito...

Renovado el cuerpo docente en la parte de sus elementos menos deseables; encauzada la enseñanza hacia finalidades nuevas; vigorizada la cátedra con el entusiasmo y con el esfuerzo sinceros de los maestros que han venido a ocupar un cargo amenguado por la inepticia o por la negligente atención de los idos; rehecha, en fin, la Universidad sobre el firmísimo cimiento de una bien entendida renovación, contribuyamos todos — profesores y alumnos, — a mantener inalterable el vínculo solidario, porque, conservándonos unidos, defenderemos siempre con ventaja los frutos de la laboriosa jornada de ayer...

A la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, como centro de altos estudios, las circunstancias le asignan papel preponderante en la definitiva consolidación de la obra, nacida al impetuoso conjuro de un bien saneado pueblo universitario.

A. ISAAC BASSANI (hijo).

La Plata, Diciembre MCMXX.